

Un hombre joven, de profesión vendedor ambulante de tabaco, se dirigía desde Morristown, en donde se había entretenido en amplios tratos con el diácono de la comunidad shákera [una secta, derivada de los cuáqueros ingleses, que fue fundada por Am Lee en 1758], hacia el pueblo de Parker's Falls, junto al río Salmon. Tenía una pequeña y pulcra carreta, pintada de verde, con una caja de cigarros dibujada en cada cartola y, en la parte posterior, un jefe indio sujetando una pipa y una planta de tabaco.

El vendedor conducía una preciosa yegüita y era un joven de excelente carácter, atento a cualquier trato, pero que no por eso dejaba de gustar a los yankis; quienes, según les he oído yo decir, preferirían que les afeitasen con una navaja afilada que con una roma. Y era especialmente querido por las lindas muchachas de la ribera del Connecticut, cuyo favor solía solicitar mediante regalos del mejor de los tabacos que llevaba; pues sabía bien que las mozas campesinas de Nueva Inglaterra son, por lo general, magníficas fumadoras de pipa. Además, como se verá en el transcurso de mi historia, el vendedor era de carácter preguntón y tenía algo de chismoso, siempre rabiando por oír las noticias y deseando contarlas de nuevo.

Después de desayunar temprano en Morristown, el vendedor de tabaco, cuyo nombre era Dominicus Pike, había recorrido siete millas a través de un solitario bosque sin hablar una sola palabra con nadie, a no ser consigo mismo y con su pequeña yegua gris. Y como ya eran casi las siete, estaba tan impaciente por tener un pequeño cotilleo mañanero como un tendero de la ciudad por leer el periódico matutino. Y parecía que se le iba a presentar la oportunidad cuando, tras encender un cigarro con una lupa, levantó la cabeza y advirtió la llegada de un hombre sobre la cima de la colina a cuyo pie el buhonero había detenido su carreta verde. Dominicus le observó mientras descendía y se dio cuenta de que llevaba un hato sobre el hombro, al extremo de un palo, y que viajaba con un andar pesado aunque resuelto. Su aspecto no era el del que había comenzado con el frescor de la mañana, sino el de alguien que había caminado toda la noche y que tenía la intención de seguir así todo el día.

—Buenos días, señor —dijo Dominicus cuando lo tuvo a una distancia en que ya podía oírle—. Lleva usted un buen paso. ¿Qué noticias frescas tenemos de Parker's Falls?

El hombre se puso el ancha ala de su sombrero gris sobre los ojos y contestó, más bien precipitadamente, que él no venía de Parker's Falls, población que, al ser el límite de su propia jornada, el buhonero había mencionado de modo instintivo en su pregunta.

—Bueno, pues —prosiguió Dominicus Pike— veamos las últimas noticias de donde

viene usted. No tengo ningún interés especial por Parker's Falls. Cualquier sitio vale.

Al verse importunado de esta forma, el viajero —que era un tipo de un aspecto tan malo como el que a uno no le encantaría encontrarse en un bosque solitario— parecía que dudaba un poco, como si estuviera registrando su memoria en busca de noticias o sopesando la conveniencia de contarlas. Por fin, subiéndose al estribo de la carreta, cuchicheó al oído de Dominicus, aunque podía haber gritado sin que ningún otro mortal le hubiera oído:

—Recuerdo una pequeña noticia sin importancia —dijo—, el viejo señor Higginbotham, de Kimballton, fue asesinado en su huerto anoche, a las ocho, por un irlandés y un negro. Le colgaron de la rama de un peral de San Miguel donde nadie le pudiera encontrar hasta el día siguiente.

Nada más comunicar esta horrible información, el desconocido se dispuso a proseguir su camino a mayor velocidad que nunca, sin ni siquiera volver la cabeza cuando Dominicus le invitó a fumar un cigarro español y a relatar todos los pormenores. El vendedor ambulante silbó a su yegua y siguió colina arriba reflexionando sobre el triste destino del señor Higginbotham, a quien había conocido en el campo de los negocios por haberle vendido más de un fajo de nueve largos y bastantes de los llamados colas de caballo, trenzas de dama y tabaco en rama. Estaba ciertamente atónito ante la rapidez con que la noticia se había propagado. Kimballton estaba a casi sesenta millas en línea recta; el asesinato había sido perpetrado sólo a las ocho de la noche anterior; y sin embargo Dominicus se había enterado a las siete de la mañana, cuando, con toda probabilidad, la familia del pobre señor Higginbotham no había hecho más que acabar de descubrir su cadáver colgando del peral de San Miguel. Aquel desconocido debería de llevar botas de siete leguas para viajar a pie a esa velocidad.

—Las malas noticias vuelan, se suele decir —pensó Dominicus Pike—; pero ésta deja atrás a los trenes. Ese tipo debería ser contratado para llevar en servicio urgente el mensaje presidencial.

La dificultad se solventó al suponer que el narrador había cometido un error de un día en la fecha del suceso. De esa forma nuestro amigo no dudó en introducir la historia en todas las tabernas y almacenes rurales del camino, agotando un fajo entero de enrollados españoles entre al menos veinte horrorizados auditorios. Se encontró con que él era invariablemente el primer portador de la información, y le cargaron tanto con sus preguntas que no pudo evitar rellenar las líneas generales hasta que se convirtiera en una narración bastante respetable. Se topó con una evidencia corroborativa. El señor Higginbotham era comerciante. Y un antiguo empleado suyo, al que Dominicus relató los hechos, testificó que el anciano caballero acostumbraba regresar a casa atravesando el huerto hacia el anochecer con el dinero y los papeles de valor en su bolsillo. El empleado no manifestó una pena excesiva ante la catástrofe

del señor Higginbotham, sugiriendo, lo que el vendedor ambulante había descubierto en sus propios tratos con él, que era un vejete desabrido, tan agarrado como un vicio. Sus propiedades irían a parar a una preciosa sobrina que daba clases en una escuela de Kimballton.

En parte por contar la noticia para el bien público y en parte por hacer buenos negocios para el suyo propio, Dominicus se había demorado tanto en su camino que optó por quedarse en una taberna a poco menos de cinco millas de Parker's Falls. Después de la cena, y encendiendo uno de sus mejores cigarros, se sentó en el salón del bar y comenzó la narración de la historia del asesinato, que había crecido tan rápidamente que le llevó media hora contarla. Había hasta un total de veinte personas en la sala, de las que diecinueve recibieron el relato entero como si del Evangelio se tratase. Pero el que hacía el número veinte era un granjero ya mayor que había llegado a caballo hacía poco y que ahora descansaba en un rincón fumando su pipa. Cuando la historia hubo concluido, se levantó pausadamente, colocó su silla justo enfrente de la de Dominicus y se le quedó mirando fijamente a la cara mientras echaba una bocanada del tabaco más vil que el vendedor había olido en toda su vida.

—¿Podría usted dar testimonio —requirió él con el tono de un juez de paz que dirige un interrogatorio— de que el anciano caballero Higginbotham de Kimballton fue asesinado en su huerto anteanoche y que fue hallado colgando de su gran peral ayer por la mañana?

—Yo cuento la historia como la he oído, señor —contestó Dominicus, tirando su cigarro a medio consumir—; yo no digo que lo haya visto hacer. Así que no puedo jurar que fuera asesinado exactamente así.

—Pero yo sí que puedo jurar —dijo el granjero— que si el caballero Higginbotham fue asesinado anteanoche, yo me he tomado esta mañana una jarra de cerveza con su fantasma. Él es vecino mío y cuando pasaba por delante de su almacén me llamó y me dijo que entrara y me convidó y me encargó que le hiciera un pequeño favor en el camino. No parecía tener más noticias sobre su propia muerte que las que yo tenía.

—¡Vaya, pues entonces no puede ser cierto! —exclamó Dominicus Pike.

—Imagino que él lo hubiera mencionado de haber sido cierto —dijo el viejo granjero; y volvió a llevar su silla al rincón donde se encontraba antes, dejando a Dominicus bastante apesadumbrado.

¡Esto sí que era la triste resurrección del señor Higginbotham! El vendedor no tuvo ánimos para mezclarse ya más en la conversación pero se consoló con un vaso de ginebra con agua y se fue a la cama, donde, durante toda la noche soñó con un ahorcamiento en el peral de San Miguel. Para evitar al viejo granjero (a quien detestaba tanto que su ahorcamiento le hubiera complacido más que el del señor

Higginbotham) Dominicus se levantó entre dos luces, metió la pequeña yegua entre los varales del carro verde e inició un trote ligero hacia Parker's Falls. La fresca brisa, el rocío del camino y el agradable amanecer veraniego reavivaron su ánimo y le podían haber animado a repetir la vieja historia de haber habido alguien despierto para oírla. Pero no encontró ni pareja de bueyes ni calesa ligera ni jinete ni caminante hasta que, justo al cruzar el río Salmon, un hombre bajaba hacia el puente con paso cansino y un hato sobre el hombro al extremo de un palo.

—Buenos días, señor —dijo el buhonero, sujetando las riendas de la yegua—. Si viene usted de Kimballton o de esa vecindad, quizá pueda contarme los hechos reales sobre ese asunto del viejo señor Higginbotham. ¿Fue realmente asesinado el viejo hace dos o tres noches por un irlandés y un negro?

Dominicus había hablado con demasiada celeridad para observar, al principio, que el desconocido aquel tenía un profundo tinte de sangre negra. Al oír esta súbita pregunta, el etíope pareció cambiar de piel, su color amarillo se transformó en un blanco cadavérico, mientras que, temblando y tartamudeando, replicó así:

—¡No, no! No había ningún hombre de color. Fue un irlandés el que le ahorcó anoche a las ocho. ¡Yo me marché a las siete! Sus familiares no han podido buscarle en el huerto todavía.

No había terminado aún de hablar el hombre amarillo cuando se interrumpió y, aunque momentos antes parecía bastante cansado, prosiguió su camino a un paso que no le hubiera tenido ninguna envidia al trote ligero de la yegua del vendedor. Dominicus partió tras él con gran perplejidad. Si el asesinato no había sido cometido hasta el martes por la noche, ¿quién era el profeta que lo había predicho, con todos sus detalles, el martes por la mañana? Si el cadáver del señor Higginbotham no había sido descubierto todavía por su propia familia, ¿cómo había llegado a saber el mulato a más de treinta millas de distancia, que estaba colgado en el huerto y, concretamente, si había salido de Kimballton antes de que el desgraciado fuera ahorcado? Estas ambiguas circunstancias, unidas a la sorpresa y el terror del extraño, hicieron a Dominicus pensar en la conveniencia de dar la voz de alarma contra él como cómplice del asesinato; puesto que, al parecer, realmente se había cometido un asesinato.

—Pero que se vaya el pobre diablo —pensó el buhonero—. No quiero tener su sangre negra sobre mi cabeza. Y el hecho de colgar al negro no va a descolgar al señor Higginbotham. ¡Descolgar al anciano caballero! Es un pecado, ya lo sé pero ¡no me gustaría hacerle volver a la vida por segunda vez y quedar por mentiroso!

Sumido en estas meditaciones, Dominicus Pike se metió de lleno en la calle de Parker's Falls que, como todo el mundo sabe, es un pueblo tan próspero como puede serlo cualquiera que tenga tres fabricas de algodón y un taller de clavos. La maquinaria no se había puesto en movimiento y sólo unas pocas tiendas habían

quitado las barras de sus puertas cuando desmontó en el patio del establo de la taberna y determinó que su primer asunto fuera pedir cuatro cuartillos de avena para la yegua. Su segundo deber, por supuesto, fue comunicar la catástrofe del señor Higginbotham al mozo de paja y cebada. Juzgó, sin embargo, aconsejable no ser tan concluyente en cuanto a la fecha del horrible suceso y también ser impreciso sobre si fue perpetrado por un irlandés y un mulato o por el hijo de Erin en solitario. Y tampoco manifestó que lo relataba por su propia autoridad y licencia o la de cualquier otra persona, sino que lo mencionó como una noticia generalmente difundida.

La historia se propagó por el pueblo como un incendio se propaga de árbol en árbol y llegó a estar en boca de tantos que nadie pudo decir ya dónde se había originado. El señor Higginbotham era tan conocido en Parker's Falls como cualquier ciudadano del lugar, pues era copropietario del taller de clavos e importante accionista de las fábricas de algodón. Los vecinos sentían su propia prosperidad interesada en la suerte del muerto. Tal era la excitación que la gaceta de Parker's Falls adelantó su día normal de publicación y salió con medio formato de papel en blanco y una columna de doble cíbero enfatizado con mayúsculas y con el título ¡ESPANTOSO ASESINATO DEL SEÑOR HIGGINBOTHAM! Entre otros horribles detalles, el relato impreso describía la marca de la soga alrededor del cuello del muerto e indicaba la cantidad de miles de dólares que le habían sido robados. Había también un gran patetismo sobre la aflicción de su sobrina, que había ido pasando de un desmayo a otro desde el mismo instante en que su tío había sido encontrado colgando del peral de San Miguel con el forro de sus bolsillos hacia fuera. De igual forma, el poeta del pueblo conmemoró la aflicción de la joven en una balada de diecisiete estrofas. El concejo celebró una reunión y, en consideración al ascendiente del señor Higginbotham sobre el pueblo, resolvió emitir octavillas ofreciendo una recompensa de quinientos dólares por la captura de sus asesinos y la recuperación de los efectos robados.

Mientras tanto, toda la población de Parker's Falls, integrada por tenderos, dueñas de pensiones, chicas de fábrica, obreros y escolares, se lanzó a la calle y mantuvo una locuacidad tan terrible que compensaba con creces el silencio de las máquinas algodonerías, reprimidas de su acostumbrado estrépito por respeto al difunto. Si el señor Higginbotham se hubiera preocupado por su póstumo renombre, su prematuro espíritu se habría sentido exultante con este tumulto. Nuestro amigo Dominicus, en la vanidad de su corazón, olvidó sus proyectadas precauciones y, subiéndose a la bomba del agua del pueblo, se anunció como el portador de la auténtica noticia que había producido sensación tan maravillosa. Inmediatamente se convirtió en el gran hombre del momento. Y no había hecho más que empezar una nueva edición de su relato, con una voz como la de un predicador del campo, cuando hizo su entrada la diligencia del correo por la calle del pueblo. Había estado viajando toda la noche y había tenido que cambiar los caballos en Kimballton a las tres de la mañana.

—Ahora nos enteraremos de todos los detalles —gritó la multitud.

El carruaje retumbó en la plazoleta de la taberna seguido por un millar de personas; porque si alguien había estado ocupándose de sus propios asuntos hasta ese momento, ahora los había dejado al garete para enterarse de las noticias. El buhonero, a la cabeza del grupo, descubrió a dos pasajeros que, con cara de susto, tras haber sido despertados de una plácida siesta, se encontraron en el centro de la multitud. Todo el mundo les acometía con diferentes preguntas, todas expuestas al mismo tiempo y la pareja se había quedado sin habla a pesar de que el uno era abogado y la otra una joven dama.

—¡El señor Higginbotham, el señor Higginbotham! ¡Cuéntennos todos los detalles sobre el anciano señor Higginbotham! —se desgañitaba la muchedumbre—. ¿Cuál es el veredicto del forense? ¿Han cogido a los asesinos? ¿Se ha recuperado de sus desmayos la sobrina del señor Higginbotham? ¡El señor Higginbotham, el señor Higginbotham!

El cochero no dijo una sola palabra, a no ser para dedicar unos horribles juramentos al posadero por no traerle un tiro de caballos de refresco. El abogado, que permanecía dentro, solía por lo general conservar su presencia de ánimo, incluso estando dormido. Y lo primero que hizo, tras enterarse de la causa de la conmoción, fue sacar una voluminosa cartera roja. Mientras tanto Dominicus Pike, que era un joven en extremo cortés, y que sospechaba también que una lengua femenina podía contar la historia de forma tan locuaz como la de un abogado, había conducido a la dama fuera del coche. Se trataba de una muchacha hermosa y elegante, completamente despierta ya y radiante como una flor, con una boca tan dulce y bonita que Dominicus tan de buen grado hubiera escuchado de ella una historia de amor como una historia de muerte.

—Damas y caballeros —dijo el abogado a los tenderos, a los obreros y a las chicas de las fábricas—. Puedo asegurarles que algún inexplicable error o, más probablemente, una falsedad intencionada, urdida malévolamente para lesionar el buen nombre del señor Higginbotham, ha sido la que ha provocado este singular tumulto. Nosotros pasamos por Kimballton a las tres de la mañana y es totalmente seguro que hubiéramos sido informados del asesinato en el caso de que se hubiera cometido alguno. Pero yo tengo pruebas, casi tan sólidas como el propio testimonio oral del señor Higginbotham, en sentido contrario. Aquí tengo, un documento en relación con un pleito suyo en los juzgados de Connecticut que me fue entregado por aquel caballero en persona. Y declaro que está fechado a las diez en punto de anoche.

Y diciendo esto, el abogado exhibió la fecha y la firma de la nota que incontestablemente probaba, bien que este perverso señor Higginbotham estaba vivo cuando lo escribió o bien, como algunos consideraban que era el caso más probable de entre los dos dudosos, que se encontrara tan absorto en los negocios de este mundo hasta el punto de continuar con sus transacciones incluso después de muerto. Pero pruebas inesperadas estaban a punto de aparecer. La joven dama, tras escuchar la explicación del buhonero, se tomó un instante para alisarse el vestido y poner sus rizos

en orden e hizo su aparición en la puerta de la taberna, haciendo una modesta señal para ser oída.

—Buena gente —dijo—, yo soy la sobrina del señor Higginbotham.

Un murmullo de admiración atravesó la muchedumbre al verla tan sonrosada y radiante. La misma infeliz sobrina a la que habían imaginado, siguiendo la autoridad de la gaceta de Parker's Falls, postrada en su desmayo a las puertas de la muerte. Pero algunos tipos astutos habían dudado todo el tiempo de que una señorita estuviera tan desesperada ante el ahorcamiento de un tío rico y viejo.

—Ya veis —continuó la señorita Higginbotham con una sonrisa— que esta extraña historia es totalmente infundada en lo que a mi persona respecta. Y creo y puedo afirmar que lo es igualmente respecto a mi querido tío Higginbotham. Él tiene la amabilidad de darme un hogar en su casa, aunque yo contribuyo a mi propio sustento enseñando en una escuela. Salí de Kimballton esta mañana para pasar las vacaciones de esta semana de fin de curso con una amiga, a unas cinco millas de Parker's Falls. Mi generoso tío, cuando me oyó bajar las escaleras, me llamó junto a su lecho y me dio dos dólares y cincuenta centavos para pagar mi billete y otro dólar para mis gastos suplementarios. Después colocó su portamonedas bajo la almohada, me dio la mano y me recomendó que pusiera un poco de bizcocho en mi maleta para que no tuviera que bajarme a desayunar en el trayecto. Estoy, por tanto, segura de que dejé a mi querido pariente vivo y confío en que así le encontraré a mi regreso.

La joven hizo una reverencia al terminar su discurso, que había sido tan prudente y tan bien formulado, y pronunciado con tal gracia y decoro que todo el mundo la creyó idónea para ser preceptora de la mejor academia del estado. Pero un extraño podría haber supuesto que el señor Higginbotham era objeto de aborrecimiento en Parker's Falls y que se había promulgado una acción de gracias por su asesinato: tan excesiva fue la ira de la población al conocer su error. Los obreros decidieron otorgar honores públicos a Dominicus Pike, con la sola duda de si debían embrearlo y emplumarlo, montarle sobre un raíl o refrescarle con una ablución en la bomba del pueblo sobre la que él se había encaramado para proclamarse portador de la noticia. Los concejales, por recomendación del abogado, hablaron de procesarle por un delito de propalación de informes infundados para gran perturbación de la paz de la comunidad. Nada salvaba a Dominicus de la ley de Lynch o de una corte de justicia de no haberse producido una elocuente apelación que la joven hizo en su favor. Dirigiendo unas palabras de sincero agradecimiento a su benefactora, montó en su verde carreta y salió del pueblo bajo una descarga de artillería con que le obsequiaron los chicos de la escuela, que encontraron abundante munición en los barrizales y ciénagas cercanos. Al volver la cabeza para intercambiar una mirada de despedida con la sobrina del señor Higginbotham, una bola, de la consistencia de unas gachas de maíz, le atinó directamente en la boca, dándole un aspecto de lo más malcarado. Toda su persona estaba tan salpicada de semejantes inmundos proyectiles que casi le entraron ganas

de dar media vuelta y suplicar que le proporcionaran la ablución en la bomba del pueblo con que antes le habían amenazado, pues aunque no hubiera sido motivada por motivos benevolentes, ahora hubiera resultado un acto de caridad.

No obstante, el sol resplandecía radiante sobre el pobre Dominicus, y el barro, símbolo de toda mácula de inmerecido oprobio, se desprendió fácilmente una vez seco. Siendo como era un pícaro divertido, su corazón pronto se alegró y no pudo reprimir una alegre carcajada ante el alboroto que su historia había producido. Las octavillas editadas por los concejales producirían el encarcelamiento de todos los vagabundos del estado; el suelto de la gaceta de Parker's Falls se reimprimiría desde Maine a Florida y, quizá, formaría parte de la información de los periódicos de Londres; y muchos avaros temblarían por sus bolsas y sus vidas al conocer la catástrofe del señor Higginbotham. El buhonero meditó con mucho fervor sobre los encantos de la joven maestra de escuela y juró que Daniel Webster nunca habló ni se pareció tanto a un ángel como la señorita Higginbotham mientras le defendía del encolerizado populacho de Parker's Falls.

Dominicus se encontró ahora en el camino de Kimballton, totalmente resuelto a visitar aquel lugar, aunque los negocios le hubieran desviado del camino más directo desde Morristown. Mientras se aproximaba al escenario del supuesto crimen, continuó dando vueltas a las circunstancias en su cabeza y se sintió perplejo ante el aspecto que asumía todo el caso. De no haber ocurrido nada para corroborar la historia del primer viajero, podría considerarse ahora todo como una burla. Pero aquel hombre amarillo estaba evidentemente enterado, bien de la noticia o bien del hecho en sí. Y había un cierto misterio en su aspecto desmayado y culpable al ser interrogado de improviso. Y cuando a esta singular combinación de incidentes se añadía que el rumor concordaba exactamente con el carácter y hábitos de vida del señor Higginbotham; y que tenía un huerto y un peral de San Miguel, cerca del que pasaba siempre a la caída de la tarde, la evidencia circunstancial parecía tan sólida que Dominicus dudó si el autógrafo mostrado por el abogado o, incluso, el testimonio directo de la sobrina debían de ser equivalentes. Realizando cautas averiguaciones a lo largo del camino el buhonero llegó a saber que el señor Higginbotham tenía a su servicio a un irlandés de dudoso carácter a quien había contratado sin recomendación por motivos de economía.

—¡Que me cuelguen —exclamó Dominicus Pike en voz alta al llegar a la cima de una solitaria colina— si me voy a creer que el señor Higginbotham no ha sido colgado hasta que le vea con mis propios ojos y lo oiga de su propia boca! Y como sea un auténtico estafador, haré que el vicario o algún otro hombre responsable me respalde. Se estaba haciendo ya de noche cuando llegó a la casa de portazgo del camino de Kimballton, a un cuarto de milla más o menos de la población. Su pequeña yegua le acercaba deprisa a un hombre a caballo que trotaba pasando la barrera a poca distancia delante de él, que saludó con una inclinación de cabeza al peajero y siguió hacia el pueblo. Dominicus conocía al hombre del peaje y, mientras recibía las vueltas del dinero, intercambió con él los clásicos comentarios sobre el estado del tiempo.

—Supongo —dijo el buhonero recogiendo el látigo para colocarlo como una pluma sobre el flanco de la yegua— que no habrá visto usted al viejo señor Higginbotham desde hace un día o dos.

—Sí —contestó el peajero—. Cruzó la barrera justo cuando usted entraba y ahora cabalga por delante, si puede verle a través de la penumbra. Ha ido a Woodfield esta tarde para acudir a un asunto del sheriff de allí. El viejo generalmente me da la mano y charla un rato conmigo, pero esta noche me ha saludado con la cabeza como diciendo: «Cárgalo en mi cuenta», y ha seguido al trote. Porque, vaya donde vaya, siempre tiene que estar en casa para las ocho.

—Sí, así me han dicho —dijo Dominicus.

—Nunca he visto a un hombre con un aspecto tan amarillo y tan delgado como el de ese caballero —prosiguió el peajero—. Y yo me digo que esta noche se parece más a un fantasma o a una vieja momia que a un auténtico hombre de carne y hueso.

El vendedor de tabaco forzó los ojos para ver a través del crepúsculo y casi no pudo distinguir al jinete, que caminaba ya a buena distancia camino de la aldea. Creyó reconocer al señor Higginbotham por la espalda, pero a través de las sombras de la tarde y en medio del polvo producido por los cascos del caballo, la figura aparecía borrosa e insustancial, como si la silueta del misterioso anciano estuviera tenuemente modelada de oscuridad y luz grisácea. Dominicus se estremeció.

—El señor Higginbotham ha vuelto del otro mundo por el camino de Kimballton —pensó.

Sacudió las riendas y continuó su camino, manteniendo, dentro de lo posible, la misma distancia detrás de la vieja sombra gris hasta que ésta quedó oculta tras una curva del camino. Al llegar a este punto, el buhonero ya no pudo ver al hombre del caballo, pero se encontró a la entrada de la calle de la aldea, no lejos de unas cuantas tiendas y de un par de tabernas apiñadas alrededor de la torre de la iglesia. A su izquierda había una pared de piedra y una verja, frontera de un bosquecillo tras el que se extendía un huerto y, más allá todavía, un prado y, al final de todo, una casa. Éstas eran las posesiones del señor Higginbotham, cuya vivienda se alzaba junto al viejo camino, pero que había quedado al fondo al construirse la nueva ruta de Kimballton. Dominicus conocía el lugar y la pequeña yegua se detuvo de repente, por instinto. Tampoco él era consciente de haber tirado de las riendas.

—Por mi alma, que no me puedo quedar aquí, delante de esta verja —dijo temblando—. Nunca podré ser yo mismo otra vez si no veo al señor Higginbotham colgando del peral de San Miguel.

Saltó del carro, dio una vuelta a las riendas alrededor del poste de la entrada y corrió por el verde sendero del bosquecillo como si le persiguiera el mismísimo diablo. En ese momento en el reloj de la aldea sonaron las ocho y con cada una de sus graves campanadas Dominicus daba un nuevo brinco y volaba más veloz si cabe que antes. Hasta que, borroso en el centro solitario del huerto, vio el funesto peral. Una inmensa rama partía del contorsionado y viejo tronco extendiéndose hasta el sendero y proyectaba la más oscura de las sombras sobre aquel lugar. ¡Pero algo parecía debatirse bajo aquella rama!

El buhonero nunca había pretendido tener más valor que el que corresponde a un hombre de pacíficas ocupaciones, ni tampoco podía responder de su ánimo en tan horrible emergencia. Lo cierto es que, sin embargo, avanzó con ímpetu, abatió a un vigoroso irlandés con el mango de su látigo y se encontró —no precisamente colgando del peral de San Miguel, sino temblando debajo de él, con una soga alrededor del cuello— ¡al viejo y auténtico señor Higginbotham!

—Señor Higginbotham —dijo Dominicus trémulamente—. Usted es un hombre honrado y por eso confiaré en su palabra. ¿Le han ahorcado a usted o no?

Si el enigma no ha sido aún resuelto, unas pocas palabras bastarán para explicar el sencillo mecanismo por el que se consiguió que este «futuro acontecimiento» proyectara su sombra «por delante». Tres hombres habían planeado el robo y asesinato del señor Higginbotham. A dos de ellos, sucesivamente, les había faltado valor y huyeron, retrasando el crimen cada uno una noche mediante su desaparición. Y el tercero se encontraba en el momento de la perpetración cuando un paladín, obedeciendo ciegamente la llamada del destino, como los héroes de los antiguos romances, se presentó encarnado en la persona de Dominicus Pike.

Sólo queda ya decir que el señor Higginbotham acogió al buhonero bajo su alto patrocinio, sancionó favorablemente sus galanteos amorosos hacia la bonita maestra y puso todas sus propiedades a nombre de los hijos de ambos, concediéndoles a ellos los intereses. A su debido tiempo el anciano coronó la cima de sus favores, entregándose a una cristiana muerte, en la cama. Desde este melancólico acontecimiento Dominicus Pike se ha marchado de Kimballton y ha establecido una gran fabrica de tabaco en mi pueblo natal.